LAS CLAVES

XAVIER BATALLA

Un eje con tres vértices

Gerhard Schröder ya ha cumplido, incluso antes de formar gobierno, con la norma no escrita según la cual todo nuevo canciller alemán ha de visitar París antes que cualquier otro lugar de Europa. El socialdemócrata que acaba de ganar las elecciones alemanas ha seguido, de esta manera, los pasos de Helmut Kohl, a quien Adenauer aconsejó lo siguiente: "Cuando salude la bandera alemana, baje una vez la cabeza; y cuando le toque el turno a la bandera francesa, bájela dos veces".

La visita a París de Schröder tenía como objetivo disipar los recelos sobre el futuro del anquilosado eje franco-alemán, sobre el que históricamente ha girado la construcción europea. Y Francia, con un presidente gaullista y un primer ministro socialista, ha recibido con satisfacción al canciller electo de Alemania. Pero los tiempos de Adenauer y De Gaulle ya están lejanos. Schröder, al renovar la alianza franco-germana, también ha animado a sus interlocutores a incorporar al Reino Unido del laborista Tony Blair al eje que ha tirado de la carreta comunitaria.

¿Hay que atribuir la iniciativa de Schröder a un impulso debido a una bien entendida solidaridad entre socialdemócratas, ahora que los tres gobiernos más influyentes de la Unión Europa comparten, por primera vez, la misma etiqueta ideológica? Evidentemente, el hecho de que los primeros ministros de los tres países pertenezcan a la misma familia política debería aumentar su cooperación. Los tres dirigentes, socialdemócratas o partidarios de una tercera vía entre la socialdemocracia y el liberalismo, tienen objetivos comunes, como la creación de una Europa más solidaria y el control del movimiento de capitales. Pero también tienen sus diferencias, empezando por el hecho de que ser socialista en Francia no quiere decir exactamente lo mismo que ser laborista en el Reino Unido o que ser socialdemócrata en Alemania.

El centro de gravedad de Jospin está más a la izquierda que los de Blair y Schröder, que parecen cojear del mismo pie. Y a estos recelos ideológicos hay que añadir las diferencias estratégicas sobre Europa. Schröder no sólo mira hacia Londres con ojos socialdemócratas. Durante su campaña electoral, el canciller electo habló de incluir a los británicos en el eje europeo por otras razones. Primero, porque, en su opinión, el eje París-Bonn, aunque sea necesario, ya no sería suficiente. Y, segundo, porque Schröder procede del norte de Alemania, donde los lazos con la cultura política del mar del Norte son por lo menos tan esenciales como los existentes a través del Rin, es decir, con Francia.

Schröder no es el primero en tender una mano a los británicos. Francia, con Chirac en la presidencia, también tiró los tejos a Londres, a quien en tiempos más gaullistas se le consideraba el caballo de Troya norteamericano. París considera que está en su derecho de acercarse a Londres para reequilibrar la influencia alemana. Pero cuando es Alemania la que se aproxima a Gran Bretaña, Francia ya no ve tan lógico el movimiento.

> El final de la era Kohl abre un periodo de reajuste político en la Unión Europea

Schröder, con su viaje a París, ha querido confirmar que sigue los pasos de su antecesor, Helmut Kohl, en política exterior. Pero la ausencia de Kohl, inevitablemente, ha abierto un periodo de reajuste político en la Unión Europea. Y, para empezar, puede que la afinidad ideológica facilite la operación a tres bandas. Pero no todo es ideología, también hay intereses nacionales.

Schröder sucederá en la cancillería a Kohl, el canciller de la Alemania europea. Nada permite suponer que el líder socialdemócrata será todo lo contrario, pero tampoco será exactamente lo mismo. Y lo que resulta inquietante para París no es tanto la afinidad ideológica, que también, entre Londres y Bonn, sino la posibilidad de que el nuevo canciller alemán, pragmático como dicen que es, termine apostando por dar a la Unión Europea una pasada por el pragmatismo británico.

JOSÉ ANTICH

La Constitución como señuelo

Una de las singularidades del proceso constitucional que acabó desembocando en una nueva organización territorial del Estado es que supo crear un marco político lo suficientemente flexible para que durante dos décadas partidos nacionalistas y formaciones de ámbito español pudieran acompasar buena parte de sus reivindicaciones al marco legal. En estos años, ha habido ciertamente escarceos de las formaciones nacionalistas coincidiendo, en la mayoría de los casos, con periodos electorales o bien con procesos de independencia en el Este de Europa que elevaban el nivel de sus reivindicaciones. Eran, sin embargo, leves sarampiones que despertaban un enorme griterío y que acababan, con el paso de las semanas, diluyéndose lentamente. También ha habido, y no en menor medida, deseos de los partidos españoles de tratar de sepultar el espíritu estatutario. Nadie puede negar que muchos de los años de mayoría absoluta del PSOE estuvieron teñidos de actitudes en esta dirección.

> Pujol reconoce que un referéndum de independencia en Cataluña no superaría el 30%

Hace ya un tiempo que, por caminos diferentes, el nacionalismo catalán y vasco empezaron a plantear la necesidad de un salto adelante en sus respectivos estatutos. No eran, al menos en el caso catalán, reclamaciones inmediatas ni mucho menos ligadas al actual proceso de paz. Eran leves marejadas de aguas subterráneas que partían de una sentida necesidad nacionalista de que el poder actual es insuficiente y, en el caso catalán, con el añadido de que se entiende que el sistema de financiación autonómico es injusto y está contribuyendo a ahogar la autonomía catalana. Además, aunque el lenguaje de CiU suele ser en muchas ocasiones ambiguo, Pujol siempre ha dicho que el poder que reclama cabe en el marco constitucional. Esta semana, lo ha vuelto a repetir en el Parlamento catalán, aunque bien es cierto que sus diputados también han votado una inocua y seguramente innecesaria por el momento declaración recordando el derecho del pueblo catalán "a determinar libremente su futuro como pueblo en paz, democracia y solidaridad". Pujol sabe, porque así lo ha confesado en privado, que un proceso independentista en Cataluña no superaría hoy en ninguno de los supuestos el 30 por ciento de los votos.

El anuncio de tregua de ETA incide, se quiera o no, en todo este debate político porque, al coincidir en el tiempo, difícilmente se puede pretender disociar totalmente el camino de búsqueda de la paz de lo que son reivindicaciones autonómicas. No se trata ni tan siquiera de qué es lo prioritario para todos los demócratas, que no puede ser otra cosa que la paz. Pero aceptado a rajatabla este principio que con tanta cordura defiende José María Aznar, Constitución y estatutos han de ser interpretados con el mayor grado posible de generosidad sabiendo todos que no se puede derruir todo el armazón constitucional pero que tiene que llegar el momento en que nacionalidad y regiones tengan no sólo de facto sino también de hecho un tratamiento político diferente. Dicho en lenguaje paladino, más poder.

En otra página de este diario, Xabier Arzalluz asegura en una larga entrevista que la paz es tan importante para los vascos que en el terreno autonómico se conforma con una rosquilla. Es, simplemente, una metáfora, pero unido ese principio al acatamiento constitucional de Pujol es evidente que se dan las circunstancias para que Gobierno y partidos nacionalistas sepan encontrar un punto común.

Otra cosa es que el lenguaje de sal gorda que emplea Arzalluz en ocasiones para alimentar a su gente y el de sal fina que utiliza Pujol en otras no se emplee durante la comida, sino que se reserve para los postres. Si así se hace, se corre el riesgo de coger una indigestión. Y que todos, unos y otros, tengan a la vuelta de la esquina trascendentales procesos electorales tampoco puede dar lugar a saltos dialécticos en el vacío. La paz que está en juego es algo demasiado valioso.

ÁLBUM DE CROMOS POR GUILLÉN